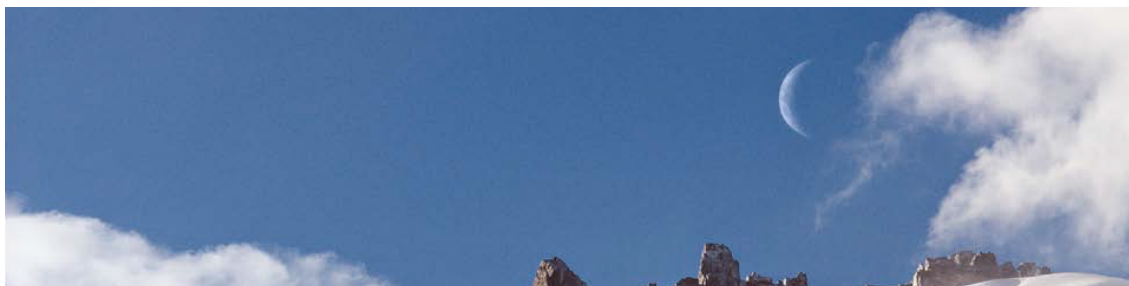


# ***SOBRE ANDAMIOS DE HUMO***

**Ediciones Vitruvio, nº 153, Madrid 2008**



## **Estudio de la poesía reunida de Alejandro Céspedes**

por Antonio Daganzo

Más que los dramaturgos, y mucho más que los narradores, los poetas de reconocida trayectoria, al alcanzar la madurez creativa, van teniendo cada vez más a su alcance, merced a las directrices del mundo editorial, la privilegiada herramienta de poder ver reunida una obra que, hallándose quizá aún en construcción, ya resulta lo suficientemente significativa como para establecer y dar noticia de un estilo, de una forma y un fondo característicos, de ese compromiso estético singular que llamamos poética. Y he utilizado hace un momento el término “herramienta” con toda intención, pues la preparación de un volumen de poesía reunida suele ser la perfecta oportunidad para que el escritor revise su creación desde la perspectiva que ofrece el paso del tiempo, para así releerse e incluso reescribirse desde el hoy, abriéndole de paso caminos de futuro a las obras muy probablemente venideras. Con todo eso nos encontramos en el caso de *Sobre andamios de humo*, magnífico libro gracias al cual el poeta asturiano Alejandro Céspedes nos brinda un completo retrato de su quehacer poético desde sus inicios, en 1979, hasta el año 2007. Con todo eso y con algo más, pues *Sobre andamios...*, que vino a romper en 2008 un silencio que se prolongaba ya por espacio de diez años, ha supuesto el regreso al panorama editorial de una voz de extraordinaria autenticidad cuya falta se sentía excesivamente; ha supuesto, por tanto, y ya desde el punto de vista de los lectores, la feliz ocasión para un reencuentro y un redescubrimiento.

En *Sobre andamios de humo* destaca la presencia, como es natural, de los que a mi entender son los tres poemarios mayores de Alejandro Céspedes: el juvenil e inaugural *James Dean, amor que me prohíbes*, de 1986, y las dos obras que marcaron lo que podríamos denominar una primera madurez creativa: *Las palomas mensajeras sólo saben volver*, que en 1994 obtuvo el prestigioso Premio Hiperión de Poesía, y *Hay un ciego bailando en el andén*, de 1998, y tras el cual, como antes he apuntado, sobrevino la década de

silencio editorial que felizmente no se ha prolongado por más tiempo. Además, y valiéndose de esa oportunidad para la revisión a la que también me he referido anteriormente a propósito de los volúmenes de poesía reunida, *Sobre andamios...* se completa con un ejercicio de reescritura de primera magnitud, titulado *Y con esto termino de hablar sobre el amor*: una suerte de sedimentación poética, generada y cumplida en el mismo intervalo cronológico que marca la obra cabal que reseñamos (1979-2007), y que, en última instancia, origina como un poemario independiente que viene a sumarse a los tres anteriores, gracias a la reescritura que Céspedes en él realiza de otros tres trabajos suyos que podríamos considerar de juventud aún: *La noche y sus consejos*, de 1986; *Muchacho que surgiste*, de 1988; y *Tú, mi secreta isla*, de 1990. Al hilo de todo esto, conviene ya recalcar, más allá de la evolución experimentada en la mirada poética, y por consiguiente en el fondo de cuanto los versos expresan –como después veremos–; conviene recalcar, digo, lo que a mi juicio es una de las virtudes capitales de este libro, y por ende, de la poesía de Alejandro Céspedes en su totalidad: su unidad formal; es decir, la consecución, desde el principio, de un modo de decir que se sabe íntimamente certero a la hora de articular un alma y una conciencia, y que por ello persevera en su habilidad comunicativa. Certero, sí, en la articulación de un alma, de una conciencia y, fundamentalmente, de una sensibilidad, pues nada mejor –pensando en quien escribe, y más aún en quienes leen– que un discurso intenso pero sin sobresaltos, decantado en un verso libre con regusto clásico, con tendencia al heptasílabo, al endecasílabo y al alejandrino, para expresar la turbulencia emocional, singular y desnuda, que es la entraña misma, irrevocable e irrenunciable, de la obra de nuestro autor. Porque si hay un eje temático que vertebré el contenido de *Sobre andamios de humo*, ése sin duda es el deseo: el deseo insatisfecho, el no cumplido, que conduce, final e inexorablemente, al desencanto.

“No existe más amor que el imposible. / Y es fácil distinguirlo. No se olvida.” Esa suerte de lema -resuelto en dos vibrantes endecasílabos- que abre *Y con esto termino de hablar sobre el amor*, sirve para delimitar eficazmente el terreno por el que transita la poesía de juventud de Alejandro Céspedes, que había tenido como primer y preclaro ejemplo *James Dean, amor que me prohíbes*. Sin embargo, en seguida comprendemos la verdadera magnitud, los perfiles más íntimos de la insatisfacción de su sujeto lírico, y ello es así por el rasgo absolutamente definitorio del tono de esta poesía: lo testimonial, e incluso lo confesional, si se me apura. Merced a una claridad que se hubiera antojado imposible cultivar en nuestro país apenas una o dos décadas antes respecto a la fecha de las primeras publicaciones de estos libros –esos años 80 que asentaron las libertades en España–, nos hacemos cargo de una identidad muy definida, de una singularidad que no se esconde, y acompañamos así al yo poético en el viaje doloroso de una educación sentimental marcada por la caída paulatina de los héroes –Alejandro Magno o Aníbal en su vertiente histórica y libresca–, y en la que el mito suicida de James Dean tiene el mayor peso específico. A él se le llama en versos de serena pasión, aun a sabiendas de la imposibilidad absoluta de conciliar realidad y deseo:

“Pero si tú pudieras...  
tal vez... no sé... en agosto,

adentrarte en el blanco  
paisaje de mis lienzos  
para que te pintase  
al sol,  
amor pacífico,  
al sol,  
inmutable, corpóreo, previsible.”

Con el tiempo los héroes irán ganando, efectivamente, corporeidad, mas no se harán previsible, y mucho menos inmutables. En este sentido, amargos poemas jalonan *Y con esto termino de hablar sobre el amor*, páginas de una sinceridad absoluta, de una autenticidad sin rebozo. Y todo ello partiendo de la idealización de la figura de Dean, memoria ya, obviamente, pero lastre de fuego, valladar insalvable entre todos los mitos, como el autor acierta a expresar de manera tan plástica:

“Tu recuerdo  
es humo que me asfixia poco a poco  
al obstruir las branquias de un deseo  
que nunca he conseguido reanimar  
ni en los cuerpos anfibios de la noche  
ni en los sueños volátiles del día.”

De cualquier modo, el yo poético no se arrepiente de todo este deseo sublimado que ha de vérselas, irremediable e inconscientemente, con la prosa de los días. La misma estrofa inicial de *Y con esto termino de hablar sobre el amor* nos lo deja meridianamente claro:

“Y qué  
  si me alimento de los muertos  
que poblaron mi infancia, mitos rancios  
corriendo por los sueños a escondidas  
de padres y de amigos,  
  y hasta a veces de mí  
cuando ya no quedaban artimañas  
para tener en pie las fantasías.”

Se asume la derrota, pues, sin olvidar el socorro oportuno del narcótico (“Otra vez las pociones paliativas / que en mis venas usé para olvidarte / se convocan en torno a tu recuerdo”) ni desatender el ocasional despertar de los sentidos (“Hoy, otra noche más, el tiempo juega (...) / Hace ondear las sábanas, / repliega las cortinas, / extrae de su chistera / un deseo cansado”). Pero derrota esta cuyo altísimo costo vital acierta a describir el yo poético con una intensidad sin ambages:

“No saben que yo siempre  
pagué por el amor más que su precio  
y que empeñé mi infancia  
e hipotequé también mi adolescencia,  
que gasté mi presente,

y a veces mi salud  
en cuerpos que fingían sentirlo  
o ignorarlo.”

Cual corolario, la estrofa con que concluye todo este primer segmento de *Sobre andamios de humo* dicta sobre el amor sentencia firme: la culpabilidad del sentimiento rey radica fundamentalmente en su impostura. De ahí que, sin renunciar de plano a su influjo, asistamos a su inclemente desenmascaramiento.

“No espero nada de él,  
sólo me necesita para seguir vendiendo  
su oxidada quincalla.  
Ya sé que únicamente es purpurina  
lo que me vende a precio de aureola.”

Alcanzamos así *Las palomas mensajeras sólo saben volver*, y con él el gran punto de inflexión de toda la poesía de Alejandro Céspedes publicada hasta la fecha; porque no sólo alcanzamos un poemario redondo, admirablemente trazado y resuelto, sino también la perfecta expresión de una madurez lograda de la única forma en que podía llegarle a un sujeto lírico como el de los poemarios anteriores; es decir, a través del desencanto. Fijémonos en algunos de los versos iniciales de estas *Palomas mensajeras...*:

“Tú ya no eres el cóndor  
que otea las montañas.”

Para más adelante añadir:

“No vuelas. Te despeñas  
lo mismo que los sueños  
hace tiempo arrojados  
desde la gran altura  
de la desesperanza.”

Tal es el tono del poemario, a lo que hay que añadir una mayor carga simbólica en lo confesional, o lo que es lo mismo, una sinceridad que, lógicamente, nos habla ya más desde la reflexión y menos desde la anécdota. Además, el rigor acostumbrado de la poesía de Céspedes, su viva y conquistada comunión de fondo y forma, se sublima aquí gracias al manejo de dos motivos conductores que insuflan a la totalidad del poemario un aliento más allá de su propia escritura: uno, el acertado rescate de la célebre idea del “esplendor en la hierba”, tomada del poeta inglés Wordsworth, con la que se evoca eficazmente la juventud perdida; y dos, la propia y brillante imagen de las palomas mensajeras a la que se alude en el título, y que remite directamente a la memoria. La última estrofa del poema XIV resulta ejemplar en este sentido, por lo que tiene de amalgama de motivos conductores, casi a la manera de los dramas musicales wagnerianos:

“El agua hunde mis pasos.

Se nubla el esplendor que hubo en la hierba.  
Palomas mensajeras  
vuelven hacia el pasado  
para llevar semillas de memoria.”

Semillas de memoria que irán alimentando su aborrecido poder en forma de recuerdos; esos recuerdos que, como se revela más adelante, “se expanden / y ennegrecen la vida igual que un hematoma”. Y todo porque, a pesar de que la derrota había culminado los anteriores esfuerzos del sujeto lírico –como vimos anteriormente-, la juventud de entonces llevaba a la inocencia, no masacrada aún, cual compañera inseparable y salvadora. En el mismo poema XIV citado antes, Céspedes desanuda con maestría toda esta apretada entraña del poemario, con la que se topa una y otra vez en sus dolientes versos; eterno retorno de una evocación inevitable ante el desencanto que la realidad procura:

“Yo también fui un dios joven  
y aprendí a caminar sobre las aguas.

Pero a aquella inocencia  
la sujetaba un nudo de promesas.  
No existía el recuerdo  
y la memoria era  
esplendor en la hierba todavía.

La vida era ilusoria.  
Después se hizo real, y ahora ya es cíclica.  
Paloma mensajera  
que únicamente sabe  
volver, una vez suelta, hacia el origen.”

*Sobre andamios de humo* nos presenta, en último extremo, el poemario *Hay un ciego bailando en el andén*, cuyo principal rasgo quizá sea el de agudizar el desdoble del sujeto poético que ya había surgido significativamente en *Las palomas mensajeras sólo saben volver*, desarrollando así el autor el siempre feraz recurso discursivo de la alteridad, de verse otro desde sí mismo. Fijémonos primero en estos versos:

“Quisiera no ser yo.  
Burlar a este traidor  
que está dentro de mí.  
Y está venciendo.”

Visto lo cual, si en Las palomas... el “yo” se tornaba “tú” en momentos de capital importancia, aquí ese “yo” extremará su disociación aún más, transformándose a veces en un “él” desgarrador. A ello se apunta desde el mismo comienzo del poemario:

“En qué lugar de mí  
se agazapaba el hombre

que me iba a mirar como un extraño.”

Así pues, el desencanto existencial, la insalvable distancia que se introduce entre la vida y el sujeto lírico, culmina en un definitivo extrañamiento del propio yo, a lo que, no obstante, se deja en prenda la esperanza de una salvación posible, como queda revelado en estos otros versos:

“Observo nuestra vida.  
                                  Es este hueco  
que media entre los dos  
                                  y el tiempo ahonda.  
Esto que te preserva  
y me separa más  
en cada diaria muerte

me obliga a seguir siendo mi otro mismo.”

Es el intento de salvar, al menos, ese yo de esplendor y de promesas ya descrito, y, consecuentemente, ese “tiempo anterior / donde era libre / de inventarme los nombres de los días.” Mas el dolor que este extrañamiento causa es tal que se ambiciona –lo que trae al recuerdo aquel soneto alejandrino memorable de Rubén Darío- la imposible inexistencia de la roca, su natural insensible:

“En la frivolidad de su dureza  
es capaz de imprimir la flor,  
                                  el pájaro,  
la cáscara de un hombre,  
                                  ya sin sueños.  
Fundirme hasta ser fósil.  
Eso quiero.”

La conciencia de la muerte, de la extinción, va imponiéndose a lo largo del poemario, de manera que llegue a verse en esta vida escindida, disociada, un “ir malmuriendo” en la plena y lenta vorágine de la existencia y su ciclo tenaz. Y de esa serena conciencia del fin que se repite como espina dorsal del ser humano, nace ese conmovedor poema –penúltimo de la obra- que da testimonio del reencuentro, puntual pero también perpetuo, del sujeto poético con sus antepasados en el cementerio donde éstos yacen, y cuyos más sobrecogedores versos quizá sean los que siguen:

“Vuelvo aquí.  
Ya soy vuestro.  
(...) más de trescientos años reencontrándoos.  
¿Para eso moríais con los ojos abiertos?”

En definitiva, y en suma, no podía haber escogido Alejandro Céspedes mejor forma para su reaparición en el panorama literario que la de esta recopilación y revisión de su poesía titulada *Sobre andamios de humo*, volumen

que Ediciones Vitruvio ha tenido el acierto de editar. Y ello es así, como apuntábamos al principio, por lo que tiene de ordenación del pasado, de esclarecimiento del presente y, casi más importante aún, de proyección para el futuro. Por lo pronto, nuestro autor ha empezado ya a entregarnos nuevos materiales, de cuantos fueron escritos durante su particular década de silencio editorial, en la forma de un nuevo libro, *Los círculos concéntricos*, galardonado recientemente con el Premio “Blas de Otero” de Poesía. Sin duda alguna, será *Sobre andamios de humo*, privilegiada herramienta, la privilegiada atalaya desde la cual contemplemos la evolución ulterior de una obra honda, vivísima, destinada a perdurar en su intensidad y autenticidad inmarcesibles, y que se constituye en un ejemplo cabal de simbiosis entre valentía ética y compromiso estético. ¿Qué más puede pedírsele a un creador?

**Antonio Daganzo**

